

Círculo Rojo

Te regalo mis palabras

Te regalo mis palabras

Una historia conmovedora y sorprendente

Antonio Luis Bonilla

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2017

Depósito legal: AL 1628-2017

ISBN: 978-84-9175-435-0

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Antonio Luis Bonilla
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
© Fotografía de cubierta: Ignacio Bonilla Fernández

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

Nota del autor

La historia y los personajes que se recogen en este libro son ficticios y cualquier parecido con la realidad es mera casualidad. Los lugares y los pasajes históricos a los que se hace referencia son reales. De modo consciente se han cometido algunos anacronismos.

A mi mujer Inmaculada, por su ayuda constante, por su colaboración y cariño, por estar a mi lado y por las muchas horas que le ha dedicado a este libro, sin cuyas sugerencias y correcciones, el resultado final no habría sido el que es. A mi hijo Ignacio, con mi admiración por los bellos dibujos que hace y con mi agradecimiento por haber sabido captar la esencia de esta historia para plasmarlo en la preciosa portada que lo adorna. A mis hijos Alejandro y Antonio Luis por estar ahí.

A ellos, con todo mi cariño.

Agradecimientos

A la escritora Felisa Moreno por sus aportes técnicos y estilísticos. A la lectora que me aportó algunas de las pautas que necesitaba. A la editora Rocío Sierra y a la maquetadora Yolanda de Haro de la editorial Círculo Rojo por su paciencia y profesionalidad. A mis alumnas de tercero de Magisterio de Educación Infantil por leer algunos de los capítulos y darme su opinión: Rafif Beyuki, Carmen Cejudo, Auxiliadora Contrera, Alicia Esteban, Alba Fernández, Cristina Giménez, Sonia González, Mª Dolores López, Ana Mª Luque, Mª Carmen León, Carmen Lucena, Juana Povea e Inmaculada Sánchez.

"Todo lo que hagas en la vida dejará huellas"
Paulo Coelho

A quienes no pueden recordar y a los que padecen el dolor y el sufrimiento de las guerras

Te regalo mis palabras



CAPÍTULO 1

Granada, primavera de 2045. Residencia de Ancianos

Miro alrededor y el escenario que me rodea es extraño y sorprendente, me hallo en el interior de una pequeña habitación decorada con escaso mobiliario, las paredes lucen desnudas sin cuadros, no me resulta nada agradable esa sensación de vacío. Del techo cuelga una desangelada y fea lámpara con una sola bombilla que se zarandea de un lado para otro y emite un triste quejido provocado por el viento que se cuela bajo la rendija de la ventana entreabierta. Llama mi atención la cama de madera, de la que acabo de incorporarme, provista de unas delgadas patas forjadas en metal que apenas la sostienen en pie. Sobre ella se extiende una colcha de color beige ribeteada con pequeñas grecas, plagada de arrugas por el peso de mi cuerpo. A un lado, una mesita baja con tres cajones, uno de los cuales, está medio abierto y deja entrever un puñado de pañuelos de tela con una L bordada en una de sus esquinas con hilo rojo. Frente a la ventana, una mesa redonda sobre la que reluce una lamparilla metálica, parecida a la que utilizan los estudiantes, con un montón de papeles a su alrededor.

Me levanto con dificultad y cojo del suelo unas zapatillas fabricadas con fieltro, me las pruebo y me están bien, parecen hechas a mi medida, no sé de quién son, pero decido tomarlas prestadas, muy despacio voy hasta la mesa y observo tras los cristales un bello jardín plagado de arrayanes, árboles frutales y rosas de mil colores que se extiende en torno a la casa. El día amanece y los pájaros y las mariposas revolotean alrededor de las flores ensayando un vuelo de formas imposibles.

Concentro ahora la vista sobre los numerosos folios extendidos sobre la mesa, están escritos con una bonita letra cursiva. Me recuerdan a otra letra y otro momento, quizás la mía, en mi cabeza

se suceden las imágenes de libros, aulas y profesores. Tengo la certeza de que estudié en la universidad.

Alguien llama a la puerta, estoy a punto de decir que pase, pero no me da tiempo de articular palabra, se adelanta a mis pensamientos y entra con mucha disposición y diligencia una mujer joven, ataviada con una elegante camisa blanca y una ajustada falda de color negro. Su rostro no me es desconocido, tiene unas bellas y finas facciones redondeadas, como si hubiesen sido moldeadas por un famoso escultor que hacen que resulte agradable mirarla, no es delgada ni tampoco gruesa y de una altura mediana, una raja en la falda deja entrever unas esbeltas y bonitas piernas.

- ¿Qué tal está usted, don Luis? – me pregunta mientras me guiña uno de sus llamativos ojos verdes. Sus palabras me cogen por sorpresa, sabe mi nombre y no recuerdo que nos hayan presentado, aún así, respondo por educación con una ligera inclinación de la cabeza y una fingida sonrisa que apenas logro articular -. Venga, deje de contemplar la habitación que la decoraron como a usted le gustaba, con elementos del siglo pasado, y siéntese aquí que estará a gusto con este sol primaveral que entra por la ventana – afirma con rotundidad al tiempo que me tiende la mano para llevarme hasta la silla en la que me deja caer con suavidad frente a la ventana.

La oigo canturrear con una voz templada y sonora, mientras recorre la habitación de un lado para otro sin permanecer ni un solo instante quieta, me da la sensación de que la estuviese ordenando, aunque antes veo que toma una bandeja entre sus manos en la que deposita un vaso de leche, tostadas de aceite, junto con varias pastillas de colores y me la acerca. Le agradezco el detalle y me dispongo a comer, intento hacerlo despacio para saborear mejor lo que pasa por mi paladar, aunque con poco éxito,

mis papilas gustativas son como mi propia mente una caricatura grotesca del pasado.

Deja los quehaceres caseros, suelta el delantal que se había puesto, y se sienta a mi lado, al tiempo que esboza una amplia y seductora sonrisa. Calculo que no debe de tener muchos años, a treinta no llega, creo que no es para mí, demasiado joven, que no estoy yo ya para estos trotes. Me toma la mano con decisión, sin dejar de mirarme, coge una especie de bolígrafo entre sus dedos, y me pregunta:

- Don Luis, ¿quiere que continuemos con el repaso de su historia? ¡Yo estoy dispuesta para tomar nota de lo que me diga!

Ahora comprendo por qué me suena la cara de esta chica, se ha aclarado el misterio, hace meses que me ayuda a recordar retazos de mi vida, es a ella a la que todos los días cuento todo lo que mi mente cansada deja aflorar fuera de mí. Es su voz la que me pregunta, la que espera paciente que mis labios dejen salir las palabras.

Ella con primor, con letra ordenada y firme, plasma sobre los folios de la mesa cada uno de los pensamientos que puedo retener durante un rato en el interior de la cabeza.

- No, don Luis, – parece de nuevo leerme los pensamientos - lo que hay escrito sobre la mesa no lo he hecho yo, sino usted, yo anoto lo que me dice en este aparato electrónico que ve entre mis manos.
- Gracias, hija - respondo sin darle importancia a lo que dice.

Ha trascurrido mucho tiempo desde que sucedieron los acontecimientos que aquí se narran. Demasiados momentos olvidados, sumergidos en un oscuro y profundo pozo, cautivos de la fragilidad de la mente, rodeados de lagunas y depositados en un recóndito rincón de la memoria apenas accesible para el recuerdo. Tantos años que en ocasiones me cuesta rememorar con la suficiente nitidez algunos de los hechos que tuvieron lugar en aquellos días, hasta el punto de que tiendo a mezclar

fechas, acontecimientos o lugares. He tenido que remover cada una de las neuronas que aún permanecen vivas en mi cerebro para reconstruir una parte de mi vida y de las personas que me acompañaron. En cambio, sus caras de entonces, sus miradas permanecen nítidas como si en este momento estuviesen frente a mí. A menudo me pregunto si todo fue real o solo fue un sueño. Tengo la certeza de que nunca lo sabré aunque presiento que viví cada minuto con intensidad.

He pensado mucho en mi abuelo, en su vida, en su historia, en todo lo que me legó, y sobre todo en su pérdida de memoria, en su deterioro paulatino, en el brillo especial de sus ojos que ni siquiera cuando dejó de ser él llegó a apagarse del todo. A veces, sin esperarlo, encuentro su imagen en mi interior y siento miedo de olvidar, de sentirme un extraño, de que la enfermedad se cebe con mis recuerdos como hizo con los suyos. Hay momentos en que todo se me representa velado, sin color, sin sentido ni conexión, como si el mundo que me rodea fuese algo hostil y desconocido para mí, como si en ese instante todo estuviese pintado en blanco y negro. Ahora comprendo por qué me dijo: "la vida no son sino cientos de instantes atesorados a lo largo de los años que no podemos olvidar si queremos tener un pasado y un presente"

No debe de quedarme mucho tiempo, presiento que esto llega a su fin. Sé que cuando se acerque la hora de partir sentiré un agudo dolor y una profunda nostalgia al dejar atrás los días que viví de incertidumbre, alegría y esperanza, pero también soy consciente de que mi corazón se llenará de un enorme gozo al caminar hacia el lugar en el que las personas que amé me esperan.

Procuro que Carmen, ahora me viene su nombre a la mente, escriba todo lo que le cuento. Sé que estoy librando una batalla contrarreloj que ya de antemano he perdido. Por eso, he restringido las horas de sueño al mínimo para intentar sacar los pensamientos que quedan en mi interior antes de que mi mente

deje por completo de atender a mi voluntad. Me da miedo ese momento, mi cuerpo seguirá vivo pero yo ya estaré muerto. Pero antes de que eso suceda quiero echar la vista hacia detrás, impregnarme del pasado, y dejar que todo mi ser se inunde de recuerdos, de la primera vez que sentí algo nuevo.

Sin duda, la primera vez es un momento especial e irrepetible, todos la hemos experimentado en alguna ocasión, una sensación única de gozo e ilusión que nos recorre todo el cuerpo hasta llenar de magia cada uno de nuestros sentidos. Solo ocurrirá en ese instante, es el ahora o el nunca. Después podrá volver a suceder o no, pero ya no tendrá ese carácter novedoso, la emoción y la sorpresa se habrán perdido para siempre.

En mi memoria han quedado grabadas imágenes inolvidables de esas primeras veces. En aquel entonces, yo tenía tan solo trece años y quería ser maestro de mayor, era un niño de pueblo con aspiraciones, corría el año de mil novecientos setenta y siete, lo recuerdo bien porque la gente andaba como loca con las votaciones después de cuarenta años prohibidas, no se hablaba de otra cosa en cualquier sitio al que fueses, en la pescadería, en la calle, en la peluquería era la comidilla del momento. Los mítines, a los que no estábamos acostumbrados, se sucedían en plazas, parques y cines. No estuve en ninguno aunque sí pude verlos al pasar por las inmediaciones en las que tenían lugar, lo que avivó mi interés por esa nueva cosa que comenzaban a llamar "la política", y que tan extraña me pareció en mi primer contacto con ella que fue el mismo día de las votaciones. Tanto insistí que conseguí que mis padres me dejasen acompañarlos hasta el colegio electoral que yo no sabía ni lo que era. Al llegar, entraron es una especie de cabina telefónica, en la que se escondieron de forma misteriosa tras unas cortinas, de las que, para mi sorpresa, salieron al cabo de un minuto con un sobre en la mano que una persona, que parecía ser la que mandaba, dejó que lo introdujeran en una urna después de decir sus nombres con mucha solemnidad.

De esas primeras veces, me quedó grabada en la retina lo sucedido un día que viajaba junto a mis padres en el viejo utilitario que con tanto esfuerzo compraron, recuerdo que en el cuentakilómetros apareció, como por arte de ensalmo, una cifra con cinco nueves consecutivos, pensé que se trataba de un número mágico que nos transmitía una señal de que algo extraordinario estaba a punto de suceder. Y así fue, no me equivoqué, ocurrió, pero ninguno supimos interpretarlo, hasta que de pronto, el coche comenzó a echar humo como un cohete y a renquear hasta pararse. En ese instante comprendimos la lectura real de su significado, hacía tiempo que tendrían que haber cambiado aquel viejo armatoste por otro nuevo. Aunque lo cierto, es que nunca pude olvidar ese día sentado junto a mis padres sobre unas piedras dispuestas a lo largo del arcén de la carretera, a la espera de que llegase la grúa, sentí una agradable sensación de paz y armonía al estar con ellos, ya que no eran muchas las veces que podía hacerlo.

Otra de las primeras veces que siempre ha permanecido en mi memoria, fue la noche que bailé por primera vez con una chica en la verbena popular de mi pueblo, fue una sensación… rara, distinta, más bien creo que decepcionante. Al verla sentada con el pelo lacio brillante que le caía por la espalda y el bello rostro que lucía como una estrella, el corazón comenzó a latirme con tal fuerza que pensé que se me iba a salir del pecho, intuía que iba a conquistarla con mis dotes seductores, pero por desgracia después de que la pisase tres veces decidió sentarse a escuchar las canciones que la orquesta cantaba, entonces comprendí que tal vez no fuese tan irresistible y que debía idear otra estratagema para la próxima vez, y sobre todo no dejarme llevar jamás por mis intuiciones.

Cuando le di la primera calada a un cigarrillo escondido entre los troncos de unos olivos pensé morirme tosiendo y tuve la certeza de que nunca volvería a darle la segunda, ni a ese ni

a otro, aquello era verdaderamente repugnante y asqueroso, por desgracia me equivoqué, como en tantas otras ocasiones a lo largo de mi vida, y pasé buena parte de mi existencia metido en una nube de humo exhalando la amarga y negra nicotina.

Algo muy diferente me sucedió la primera vez que besé a una chica, se llamaba Beatriz, ese instante fue maravilloso, único, jamás podré olvidarlo, aún me recorre un escalofrío por el cuerpo al pensarlo, aunque solo fuese de forma involuntaria nuestros labios chocaron por casualidad, se unieron un segundo con suavidad. En ese momento supe sin lugar a dudas y sin temor a equivocarme que no sería la última vez que hiciese aquello, noté una extraña y agradable sensación, un hormigueo y un cosquilleo que me recorría el estómago, que hacía que un color se me fuese y otro me viniese, como si todo mi cuerpo flotase en una nube blanca que se deslizase por el firmamento sobre miles de estrellas brillantes y azules. Al verme con aquella cara de bobalicón mi madre pensó que estaba enfermo, enseguida dispuso que me tomase una tisana y me metiese en la cama con una buena dosis de Vicks vaporub untada sobre el pecho y con un sello del Padre Damián pegado sobre la frente, ya que decían que eran remedios infalibles para las curaciones.

¡Ohh…! Fue la única expresión que pude articular. La visión del mar por primera vez consiguió que me quedase boquiabierto, sin palabras, ante la inmensidad de agua que se agolpaba frente a mí, nunca había visto tanta junta, era incapaz de abarcarla con la vista, muchas veces había oído hablar de su belleza, de la bravura de las olas en días tormentosos, de la grandeza y la majestuosidad que provocaba su visión, pero jamás pude imaginar que existiese algo tan extenso y maravilloso capaz de engullir de un solo bocado a todos los seres de la creación.

Aún soy capaz de recordar y de estremecerme al pensar en algunos momentos de mi vida. Siento la necesidad de hablar

y rememorar algunos de esos pasajes, sobre todo, los que una persona tan especial como mi abuelo me contó.

Sin duda, la "primera vez" que me dejó una huella más profunda fue cuando viajé en tren. Ya sé que cualquiera puede pensar que no es algo muy extraordinario. Sin embargo, para mí ese viaje fue especial, me iba a llevar a conocer a mi abuelo, sería la primera vez desde que nací que podría acercarme hasta él, verlo frente a mí, aspirar su olor, sentir sus brazos rodeando mi cuerpo y el rozar sus manos curtidas por el tiempo sobre mi piel.

Fue el momento de mi vida en que me sentí más cerca de Dios y que supuso una reafirmación de mis creencias, después a lo largo de los años llegué a dudar de su bondad y de su existencia real, hasta el punto de renegar en alguna ocasión de Él, algo que nunca podré perdonarme.

Nací en los años sesenta en un pueblecito tan pequeño de la provincia de Jaén, perdido entre montes y olivos, que casi nadie sabía dónde estaba ni cómo era, nunca oyeron hablar de él para mi sorpresa, ya que yo pensaba que era el centro del Universo. Aquellos fueron, para unos, los gloriosos años en que el Caudillo de España don Francisco Franco llevó con mano férrea y amor fraterno las riendas de este país; para otros, en cambio, los tristes y vergonzosos años de una dictadura.

CAPÍTULO 2

Fuensanta – Granada, febrero de 1977

Muchas veces me entero de lo que piensa la gente por los comentarios que hacen en los corrillos de las tiendas. Procuran bajar la voz cuando hablan de cómo se vive en España, del terrorismo, de la libertad y la democracia, les da miedo que los oigan, pero yo acerco el oído cuanto puedo para ver si escucho lo que dicen.

En ocasiones, no consigo aclararme sobre este tipo de cosas e intento que el sacerdote aclare mis dudas. Lo abordo con mucho tacto para que no se enfade al finalizar la misa de los domingos. Tiene un carácter huraño, un día hasta me dio un pescozón, me dice que los niños no debemos meternos en asuntos de política que son cosa de mayores y nosotros, a nuestra edad, no tenemos entendimiento suficiente para comprenderlas y eso que en estos días, en el pueblo y en la televisión, no se habla de otro tema que no sea partidos, votos, etc. Pero mucho me temo que tendré que esperar algunos años para dejar de ser un ignorante y entender lo que sucede en el mundo.

La noche ha sido larga, al menos para mí, el tiempo parecía no pasar, las horas se volvían eternas y las agujas del reloj no se movían. Tumbado en la cama con los ojos muy abiertos he seguido la trayectoria de una pequeña araña que andaba sigilosa por la lámpara del techo.

Es difícil dormir con los nervios metidos en el estómago. Al fin han escuchado mis oraciones en el cielo, y muy pronto, podré contemplar el rostro de mi abuelo, seguramente envejecido por los años: ¿Tendrá muchas arrugas? ¿Sabrá quién soy yo? ¿Deseará verme? Mil dudas y preguntas me asaltan en este momento haciendo que mi estado de excitación vaya en aumento.

A diferencia de la mayor parte de mis compañeros de clase, yo nunca conocí a ninguno de mis abuelos. Ahora, gracias a la providencia y a todo lo que he rezado dejaré de ser huérfano de ellos. Nunca pensé que algo tan extraordinario y especial podría sucederme. Me siento realmente afortunado y feliz.

¿Cómo será? Una vez vi una fotografía suya de joven, entonces me pareció un señor que vestía una ropa muy antigua, algo normal – pienso mientras intento recordar aquel retrato - teniendo en cuenta los años que han transcurrido desde que se tomó aquella foto. Su peinado era gracioso, parecía que lo había lamido un perro con todo el pelo pegado a la cabeza. Tenía un fino bigote que le recorría sobre el labio superior, como un pequeño desfile de hormigas, que ocultaba una pequeña cicatriz bajo la nariz, en cambio las cejas eran pobladas y oscuras. Su cara era agraciada, desprendía una luz que gustaba, como diría mi madre, aunque no alegría.

Cada diez minutos miro el reloj, las horas parecen haberse aliado en mi contra para no pasar. Comienza a invadirme una ligera morriña cuando suena la desagradable campanilla del despertador. Como un muelle doy un bote y me incorporo en la cama, cojo una toalla y como un rayo me dirijo al cuarto de baño para darme una ducha reparadora. En cinco minutos me he lavado, peinado, desayunado y atusado el pelo.

¡Al fin mañana ha pasado a ser hoy! – reflexiono satisfecho a la vista de los acontecimientos que están por llegar mientras espero sentado en una vieja silla de anea en el zaguán de la casa a que mis padres estén listos para partir.

La estación del tren está un poco lejos, hay que ir hasta Martos, el pueblo de al lado. Un taxi nos espera junto a la acera para llevarnos hasta allí - me comenta mi padre que cierra la puerta de la casa con energía.

Ha tardado casi veinte minutos en hacer el trayecto, a mí se me han hecho muy largos porque aún el sol no ha salido y no

podía ver nada, así que he pasado el tiempo imaginando cómo será ahora mi abuelo. Le he puesto mil rostros, pero tengo la certeza de que al final no se parecerá a ninguno de los que yo me he imaginado, sin duda me gustará más su verdadera cara. Tendrá barba blanca, y una tez morena, como la mía, el rostro redondeado y los ojos claros muy vivaces, una sonrisa agradable de buena persona. Aunque a decir verdad, no me importa demasiado cómo sea físicamente, sí me gustaría que fuese una persona dulce y cariñosa que le guste hablar y estar conmigo, así me sentiré menos solo.

Mi padre trabaja en el campo y cuando vuelve está cansado, mi madre pasa largas horas en la cocina y apenas tiene tiempo de estar conmigo, así que la mayor parte del día, cuando no estoy en el colegio o liado con los deberes, la dedico a ver televisión. Me he enterado que en exceso es malo porque atrofia el cerebro, espero que el mío esté bien. Otras veces, puedo salir un rato a la calle a jugar con los chicos del barrio, dicen que esto es más sano pero yo creo que puede resultar igualmente peligroso, un día llegué escalabrado chorreando sangre de una pedrada; luego la cena y a la cama, al final es muy poco tiempo el que puedo estar con ellos.

Los cristales del taxi están totalmente empañados, y apenas dejan entrever el pequeño círculo difuminado que emiten las escasas farolas que alumbran el camino hacia la estación.

El taxi ha parado en un lugar apartado del pueblo en el que reina la más absoluta desolación. Tal vez nos hayamos equivocado – pienso al tiempo que dedico una dura mirada a lo *"Clin Isgud"* al taxista que me parece un tipo algo siniestro -. Mientras mi padre le abona el importe de la carrera, yo abro la puerta y a punto estoy de quedar congelado. Una corriente de aire me ha dejado sin respiración. Es una mañana fría de febrero, mi madre me ha dado una larga bufanda para que me abrigue el cuello y no vaya a coger otro catarro, a los que tan propenso soy, está adornada con flequillos en sus extremos que a veces me hacen cosquillas

en la cara y con bandas horizontales de colores blanco y amarillo, como la bandera del Vaticano. Aunque algunos me dicen que yo no soy cristiano porque mi abuelo era rojo, yo la verdad es que no consigo entender lo que me quieren decir, pero he tomado la firme decisión de no preguntarle al párroco, ya que tengo la seguridad de que sería perder el tiempo como en otras ocasiones, por lo que prefiero averiguarlo por mis propios medios.

Frente a nosotros aparece un muro desconchado en medio de la nada, con cuatro ventanas abiertas al exterior, que en otro tiempo debió de ser de color blanco como se aprecia por los restos de cal que se dejan ver al aclararse la niebla. Es la estación ferroviaria, un viejo edificio que se mantiene en pie de puro milagro. Ahora me siento culpable por haber mirado mal a aquel respetable señor que conducía el taxi y haber dudado de su profesionalidad, el próximo domingo tendré que ir a confesarme con don Marcelo, el párroco del pueblo, del que parece que no me puedo olvidar. Sin duda me impondrá una dura penitencia por fiarme de las falsas apariencias, parece que lo estoy viendo echándome el sermón:

- Luisillo – así me llama aunque no lo soporto – debes de ser menos impetuoso y más reflexivo para ser alguien en la vida.
- Pero, padre, – le respondo con resignación – si yo solo quiero ser yo mismo no aspiro a ser nadie más.
- ¡Qué niño tan rebelde eres, nunca puedes estar callado siempre tienes que contestar! – me dice en un tono imperativo para dar por zanjada la conversación.

Nunca pensé que una estación de tren pudiese estar situada en un lugar tan solitario, no hay nadie excepto el jefe de estación y nosotros, y en un edificio, tan… no sé cómo decir, tan lúgubre, creo que esa es la definición correcta, pone los pelos de punta nada más verla y ya solo falta el viento que sopla con fuerza y hace aullar los rincones como si fuesen alimañas. Espero que no quede por allí ningún lobo o tejón o a lo peor un espíritu errante